



Colombia posee maravillosas riquezas

de diverso orden; nuestra gente es espléndida y tiene una gran capacidad para la alegría, la generosidad y la superación de terribles dificultades. En este mismo orden de ideas las colombianas y colombianos hemos alcanzado grandes logros en el campo del urbanismo, la economía y la cultura. En síntesis, la vida nos ha regalado con grandes potencialidades y realizaciones en variados campos.

SECUESTRO,

Sin embargo, contrasta este real y positivo panorama con el doloroso clima de secuestros, violencias e injusticias de diverso orden que aqueja a nuestro querido país, el cual nos aboca a una honda reflexión ética sobre las causas de esta lamentable situación y sus posibles y urgentes vías de solución. Dicha reflexión es el propósito del presente texto. Siete secuestros diarios acaecieron en Colombia en 1998, para un total de dos mil trescientos ochenta y ocho durante dicho año. En los últimos diez años han sido masacradas doscientas cincuenta mil personas en nuestro país. 70% de estos delitos no son fruto de la violencia política o del narcotráfico, sino de enfrentamientos callejeros y riñas entre

VIOLENCIA

vecinos. El 50% de la población colombiana recibe el 16% del ingreso económico nacional. El 20% de los colombianos (los más ricos), reciben el 50% del ingreso económico del país. El 42% de los colombianos (quince millones) viven en condiciones infrahumanas.

Un detenido análisis de estos y otros indicadores que se podrían proponer en el mismo sentido, nos señalan que Colombia es un país atravesado por una situación de gran violencia y profunda injusticia social. Se trata ahora de preguntarse por las causas de esta situación, para poder llegar a formular unas necesarias vías de superación de ella.

Y ETICA

Juan Pablo II, en su última reunión con los obispos colombianos en Roma y cuando visitó a Colombia, constató que el empobrecimiento de grandes sectores de la población es una notable causa de agresividad en la convivencia social, fruto de la natural desazón que genera en muchos esta vida de despojo. Señala el Papa, cómo este desespero se convierte en violencia de diverso orden (familiar, callejera, guerrillera, del narcotráfico, de la delincuencia común) y da lugar a todo el clima de atracos, secuestros, extorsiones e inseguridad en la convivencia ciudadana que tanto nos aflige. En este mismo sentido se han venido pronunciando desde hace varios años los obispos de nuestra patria ⁽²⁾.

EN COLOMBIA

Carlos J. Novoa M. • Sacerdote Jesuita ⁽¹⁾



En aras de la complejidad del análisis, es importante señalar también que otra de las causas relevantes de la realidad de violencia que nos aqueja, es lo que se ha dado en llamar un "ethos violento", que caracteriza desde el siglo pasado la vida republicana de nuestro país. Así lo comprueban numerosas investigaciones científicas que al respecto se han venido desarrollando ⁽³⁾.

En el fondo se trata de la asunción de las relaciones interpersonales y sociales desde la dinámica de la arrogancia de poder que plantea la vida como la eliminación del otro y la imposición arbitraria y despótica del ego, y no desde la perspectiva

humana y cristiana del desarrollo respetuoso de cada persona y grupo humano en la aceptación de la diferencia y el caminar del reconocimiento y la ayuda mutua y generosa. La situación de injusticia socioeconómica que está detrás de este clima de violencia, ha sido descrita por Juan Pablo II como un devenir en el cual cada día hay más ricos que son más ricos a costa del aumento de pobres cada vez más pobres. Esta sed de acumulación de riqueza en pocas manos que atraviesa todos los estratos de la sociedad colombiana, ha impulsado de manera significativa el crecimiento del flagelo del narcotráfico.

De la misma forma ha convertido la actividad del Estado con su necesaria misión de velar por el bien común y en particular por los más desfavorecidos en un simple negocio, donde los más audaces convierten la cosa pública en un botín de enriquecimiento y privilegio de unos pocos. Esta disolución del importante papel del poder público es otro fuerte aditivo al clima de violencia e injusticia social que vivimos. Comprobamos entonces que esta crisis de injusticia, narcotráfico, violencia generalizada (interpersonal, familiar, social) y corrupción política hunde sus raíces en las torcidas actitudes humanas de la sed de riqueza y la arrogancia de poder. En varias ocasiones nuestro querido pastor



Juan Pablo II nos ha hecho caer en cuenta que este trasfondo que él califica como la idolatría del dinero y del poder, es la causa última de nuestros males colombianos contemporáneos.

Visto lo anterior, se trata entonces de abandonar dicha idolatría que tantas desgracias nos trae y convertimos al verdadero y plenificante absoluto de la vida en Jesucristo que... es la solidaridad. Esta no es un sentimiento superficial por los males de tantas personas cercanas o lejanas. Al contrario es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos ⁽⁴⁾.

Esta determinación se funda en la firme convicción de que lo que frena el pleno desarrollo es aquel afán de ganancia de dinero y aquella sed de poder de que ya se ha hablado. Tales "actitudes y estructuras de pecado" solamente se vencen -con la ayuda de la gracia divina- mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a "perder-

se", en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a "servirlo" en lugar de oprimirlo para el propio provecho (cfr: Mateo 10,40-42; 20,25; Marcos 10,42-45; Lucas 22,25-27).

Esta conversión es de honda índole moral ya que se refiere a la transformación radical de actitudes y comportamientos éticos. Es un cambio en el nivel personal, pero también en el de las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Este urgente proceso transformativo debe encaminarse, a mi juicio, hacia el cultivo del profundo cambio de actitud de las personas por distintos medios, en los más diversos ámbitos de la educación primaria, secundaria, superior y del sector público y privado de nuestro país. También debe apuntar hacia la confluencia de todos los sectores de la sociedad, para que juntos diseñemos y construyamos un modelo económico justo, equitativo y humano. Este nuevo modelo deberá superar el capitalismo neoliberal imperante, que tiene como centro la acumulación de riqueza en pocas manos e implica los graves y crecientes índices de pobreza y violencia que padecemos.

El proceso de conversión que necesita Colombia y que implica el paso, en lo personal y lo social, de abandonar los grandes egoísmos y asumir la verdadera solidaridad, es el fascinante camino que se nos abre hoy. El tránsito de este camino, para el cual tenemos tantas capacidades, nos llevará a la patria justa, igualitaria, fraterna y pacífica que todos anhelamos.

NOTAS

1. Sacerdote jesuita. Decano Académico, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Doctor en Ética Teológica de la misma Universidad.

De estas estadísticas, los datos sobre violencia social fueron suministrados por la Policía Nacional. Los otros indicadores son tomados de los últimos informes del Dane. Cfr: Revista Semana, Santafé de Bogotá, D.C., No. 835, mayo 4 al 11 de 1996.

2. Cfr: Juan Pablo II, "Así nos habló". Visita de S.S. Juan Pablo II a Colombia, Mensajes de S.S. Juan Pablo II a los colombianos julio 10 al 7 de 1986, Bogotá, D.E. Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano, SPEC, 1986; JUAN PABLO II, Discurso a los Obispos colombianos en visita Ad Limina, Ciudad del Vaticano, 1996.

3. FALS BORDA, Orlando; UMAÑA LUNA, Eduardo, Otros: "La violencia en Colombia", Bogotá, D.E. Planeta, 1987; PECAUT, Daniel, "Orden y violencia en Colombia", Bogotá, D.C., siglo XXI, 1994; VARIOS AUTORES, "El pasado y el presente de la violencia en Colombia", Bogotá, D.C., siglo XXI, 1996.

4. JUAN PABLO II, "La Soledad Social", Bogotá, Ediciones Paulinas, No. 38. Cfr: "El neoliberalismo en América Latina" Carta de los Provinciales Latinoamericanos de la Compañía de Jesús y su documento adjunto, Santafé de Bogotá, D.C. Compañía de Jesús, 1997.

